

Como quien confiesa sus pecados siente más liviana la conciencia, después de aquello sentí que un hilo de plata me acercaba más a Dios. Ya no sentí más la presencia de don Mario. Había al fin cumplido su misión llevando de la mano a uno de sus alumnos hasta el sitio mismo en que la lírica y la mística se habían fundido en aleación perfecta, dentro del corazón del más puro de los grandes de aquel Siglo.

¡NUESTROS MUERTOS DE RIVAS!

Vesalio Guzmán

La proclama del procer llamó a las armas, que en hombros de humildes soldados llegaron a los campos de Nicaragua. Los polvorientos caminos del Guanacaste, la sed y toda clase de privaciones en un ejército improvisado no detuvieron a nuestros soldados. Un ideal los empujaba, una misión sagrada los atraía. Los carrales de Santa Rosa los probaron en su primera victoria. Adelante y allí cerca se encontraban el Lago, Rivas y San Juan del Sur. Trabaron la lucha. No era un enemigo fácil. Compuesto de mercenarios curtidos muchos de ellos en guerras famosas al mando de grandes generales en Europa o en otras guerras filibusteras pocos años antes, el ejército de Walker tenía además otra ventaja: ¡Tenía la plaza! Aunque la lucha contra Walker cobró luego dimensión centroamericana, esta ayuda nunca fue efectiva. Los intereses políticos de Honduras, Guatemala y El Salvador llamaron a sus tropas en ocasiones críticas. La guerra de Nicaragua tampoco fue la guerra de los nicaragüenses que solos a más de divididos, no pudieron liberarse del invasor que ellos llamaron, pecado original que nunca han podido lavar con el bautizo de sangre. Walker destruyó a Granada, la quemó y escribió aquella sentencia a la manera de Escipión: ¡Aquí fue Granada!. Pero la guerra continuó porque los costarricenses, con el cólera o sin él, tomaron en sus manos la bandera en los campos de batalla. Bien lo dice el historiador nicaragüense Alejandro Hurtado Chamorro en su libro, "William Walker: Ideales y Propósitos": "...Costa Rica fue la única República del istmo que le hizo la guerra al filibustero, sola y sin aliados".

En la primera batalla de Rivas, el 11 de abril de 1856, cayó un soldadito de Alajuela, mulatito y con cañales. Con él cayeron generales, oficiales y rasos de un ejército que nunca dio cuartel al enemigo y que se cubrió de gloria. Enterrados en fosas comunes, tanto por los nuestros como por el enemigo, al descomponerse mezclaron sus cuerpos, su materia, con la fértil tierra nica. Desde entonces hemos cantado la epopeya nuestra. Los cantos en las escuelas y en los desfiles patrióticos de niños y de adultos, son nuestros cantares de gesta a esos caídos en Nicaragua cuando la fuimos a liberar. No son menos que la canción de Rolando o el Poema de Mio Cid. Para nosotros, son igualmente la confirmación de una nacionalidad de una definición de libertad, de un camino hacia la historia.

Benditos los restos que nos han enviado, que con

amor los recibimos y les damos sepultura en el suelo patrio. Junto con los de centenares que aún quedan sepultados en Rivas, en San Juan del Sur, en los puertos del Lago y en la vega del San Juan, ellos son el monumento al recuerdo de un ejército que ganó esa plaza al invasor y luego devolvió a sus legítimos dueños. Alguien dijo que en Rivas se ganó nuestra Batalla de Maratón. Sí, es cierto para nosotros y también para toda Centro América. Pienso, sin embargo, que el hecho material de la devolución de los restos de algunos de nuestros valientes soldados, no disminuye el significado espiritual de todos nuestros caídos en la Campaña Nacional, como no podrían los israelíes devolver a los cristianos los restos de Jesús. No quedan porque además resucitó de entre los muertos, constituyendo desde ese momento el espíritu y la significación del Cristianismo. La Resurrección es el hecho glorioso de nuestra fe como es el Once de Abril, el epílogo de aquel hecho glorioso de nuestra historia patria. ¡Aquellos que no pueden regresar porque sus cuerpos no se sabe dónde están o porque ya no existe su materia, viven en el espíritu libre de cada costarricense y serán los eternos centinelas de nuestra Jerusalén espiritual!

EL ARTE MEDICO

Vesalio Guzmán

Podemos trazar nuestra historia de la medicina desde antes del descubrimiento pero hay hechos que vale la pena narrar, pues son ejemplo de épocas y muy semejantes en todos los países. El siguiente describe al médico de esa época en su primera y más importante dimensión: como hombre. Narremos el primer ejemplo.

Se contaba en Cartago que don Andrés Sáenz Llorente, médico de gran prestigio, fue llamado a ver a un niño enfermo en casa de unos parientes cercanos. Después de examinarlo diagnosticó meningitis y se dedicó día y noche a atenderlo, empleando en el tratamiento todos sus conocimientos médicos y sofíctos cuidados. Cuando murió el niño, don Andrés no resistió. Hecho de ese "genio" de los Sáenz de Cartago, tomó una decisión radical. Se fue a la caballeriza de su casa, se colocó la cabezada de su caballo con todo y freno y salió por las principales calles Cartago diciendo: "¡Soy un caballo, yo lo maté! ¡Aquí va un caballo que no pudo curar a un niño!" Así expresó don Andrés, con su hidalga franqueza, la profunda sensación de frustración que experimentamos los médicos cuando la muerte nos arrebató un paciente por el que hemos hecho todo lo posible. Los enfermos son parte de nuestra vida, pues son la razón de existir que como médicos tenemos. El aceptar un paciente es asumir una responsabilidad. El paciente de don Andrés era todo esto para él, a más de ser su pariente, en el Cartago de hace un siglo y a su modo dio salida a su emoción. Apenas Pasteur estaba en esos momentos enunciando la teoría microbiana de la enfermedad. Pocos años más tarde Fildes pintaba en el lienzo con el nombre de "The Doctor" esa escena que es ya clásica del médico de familia de antaño, quien de día y de noche, con lluvia